

Reflexiones

Padre Nicolás Schwizer

Elección y educación de Pedro

Cada uno de nosotros ha sido llamado por Dios para cumplir una misión propia en este mundo. San Pablo nos lo explica por medio de la imagen del cuerpo humano y sus miembros. Los miembros del cuerpo son varios y cada uno de ellos por pequeño que sea, se precisa para el funcionamiento de todo el cuerpo.

Todos juntos formamos el cuerpo místico de Cristo, su Iglesia. Cada uno tiene una función diferente, según su sexo y estado, su posición y profesión, su carácter y sus talentos. Y si nos preguntamos por qué, entonces nos queda sólo una respuesta: es un misterio de Dios.

Hay que decir esto cuando se trata de una vocación extraordinaria, como la del sacerdote, o, más todavía, la del Papa. El Evangelio nos cuenta la elección de Pedro. En una hora trascendental en su vida y en la historia del cristianismo: Él es llamado primer Papa y así nace el papado.

Precede a ello la confesión de Pedro: “Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo”. Y Jesús le responde con una revelación: Pedro es la roca sobre la que se levantará la Iglesia, la comunidad del pueblo de Dios.

Él recibirá el cargo de mayordomo en el Reino de Cristo. Símbolo de este poder son las llaves, que Cristo va a entregar a Pedro. Es la investidura del poder sobre el Reino de Dios. Las decisiones de Pedro, realizadas en la tierra, quedan ratificadas en el cielo. Pedro y sus sucesores, son intermediarios indispensables para el acceso normal al Reino de los Cielos. Cristo sigue siendo cabeza de la Iglesia, pero los Papas son sus vicarios, sus representantes visibles en la tierra.

¡Qué potestad inmensa está en las manos de un hombre mortal y frágil como nosotros! En nuestra época de crisis de autoridad es más difícil todavía entender y aceptar esta tremenda delegación del poder.

La elección de Pedro es, por el momento, sólo una promesa. Se irá realizando recién desde el día de Pentecostés.

Antes, es preparado y educado por Jesús para su gran misión.

Cumbre de la educación de san Pedro parece ser su triple negación en la noche del Jueves Santo. Allí Pedro todavía confía, traicionado por su entusiasmo, demasiado en sí mismo, en sus propias fuerzas. Y así el demonio prevalece sobre él, haciéndole negar tres veces al Señor. Es una experiencia triste y profunda para él – para nosotros, débiles y culpables como él, un signo de consuelo. Este acto lamentable quizás, nos lo hace más simpático y nos lo acerca más que todo el resto de su vida.

Pero, a pesar de su debilidad, mejor dicho, a causa de su debilidad, es elegido el primer jefe de la Iglesia. Por su fragilidad es apropiado para ser un auténtico apóstol. Sería terrible, tener al frente de la Iglesia a alguien, que cree ser llamado por sus propios méritos.

Y así san Pedro llevará el testimonio del Señor a los demás, no debido a su propia fuerza o capacidad, sino debido al poder de Dios, de ese Dios que prefiere como sus instrumentos a los pequeños y débiles.

Una leyenda nos cuenta que San Pedro, en los tiempos de la persecución de los cristianos, quiso huir de Roma. En el camino Jesús lo encontró. Y Pedro le preguntó adónde iba, ¿Quo vadis...? Jesús le respondió: Quiero, otra vez, dejarme crucificar, en tu lugar. Es una leyenda, pero nos revela algo verdadero: sobre Pedro pesa la cruz de su gran responsabilidad para toda la Iglesia.

Esta carga de responsabilidad permanece y aumenta durante los siglos, es común a todos los Papas. Cada uno de ellos tiene que llevar la cruz de Cristo. Así sucede también en la vida de nuestro Santo Padre en la actualidad.

Él trabaja, sufre y reza para la Iglesia y el mundo, hasta el agotamiento. El Papa merece nuestro respeto, nuestro compartir y, sobre todo, nuestra oración para su tarea sumamente difícil, en la sucesión de san Pedro.